

LA ESCALERA

Por RAFAEL ABAD MORA

LA muchacha estuvo rodeando la verja durante un rato. Llevaba un vestido pasado de moda y una maleta de madera. En la verja no se veía otra entrada que la gran cancela de hierro negro, entreabierta. Ante ella se detuvo. En el paseo el aroma de las acacias resultaba apagado por el polvo. Algo distante, en un banco, había una niña con encajes en el uniforme y un chico paseando en un triciclo. La muchacha los miró. Estaban muy lejos. Por fin se decidió a traspasar la cancela.

Un sendero enarenado conducía hasta la casa. Atravesando este sendero, una manguera roja brotaba de un macizo de césped e iba a gotear en otro macizo vecino. La muchacha tropezó con la manguera y se sobresaltó. El sol brillaba sobre el césped; bordeándolo, rutilaban arriates de trinitarias verbenas y rosas. En las partes sombreadas había sillones pintados de blanco. Se paró y cambió la maleta de mano. La tenía sudorosa. Lanzó una mirada que resbaló por la superficie de las flores. El jardín estaba solitario. Al fondo se alzaba la casa. Todo su frente estaba ocupado por un ancho mirador con grandes visillos de batista blanca. La casa era de piedra oscura y tenía un pequeño torreón rematado por la antena de televisión. Una escalinata de mármol subía hasta la puerta.

Tardaron mucho tiempo en abrir. Una mujer con el pelo blanco examinó concienzudamente a la muchacha. Esta empezó a balbucir torpemente:

—Soy la hermana de Juan... Está aquí de chófer...

Aquella mujer la esperaba. La hizo pasar, advirtiéndole:

—La puerta de servicio está en la parte de atrás de la casa. Da a la otra calle.

—La estuve buscando, pero no la encontré. No creí que estuviera en la otra calle.

—Ya lo sabes para lo sucesivo.

Cruzaron un suntuoso vestíbulo adornado con cornucopias, relojes y estatuas de bronce. En el fondo, envuelta en la penumbra —las maderas del mirador estaban semientornadas—, se alzaba una escalera que conducía a la segunda planta. Estaba tapizada de rojo y en cada peldaño brillaba una barra dorada que sujetaba la alfombra. Las paredes estaban cubiertas de cuadros con pesados marcos, y en un inmenso rellano había macetas con palmeras enanas.

Fue imposible contemplar la majestuosa escalera detenidamente. En seguida dejaron atrás el vestíbulo. Cruzaron varias salas y llegaron a la cocina. Una estancia muy grande, con una larga hilera de fogones. Descendieron algunos escalones; estaba situada más baja que el resto de la

casa. Las ventanas se asomaban al pavimento de la calle que la chica no había sabido encontrar. Por el camino la mujer fue haciendo preguntas:

—¿No has servido antes en otras casas?

—No, señora.

—¿Sabes guisar?

—Un poco.

—Tu puesto aquí va a ser de pincha y de ayuda de cuerpo de casa. No hay mucho trabajo en realidad. Se te admite por hacerte un favor a tu hermano. El señor es muy bueno, y él estuvo pidiéndole continuamente que te admitiéramos. Espero que sabrás corresponder.

—Sí, señora.

No podrás tener queja alguna en esta casa. Aparte del sueldo, que ya conocerás por tu hermano, la comida es muy buena, y los señores os están haciendo regalos continuamente. Yo soy el ama de llaves. Supongo que te habrás dado cuenta.

—Sí, señora.

La doncella era joven y fea. Se alegró de tener, por fin, una compañera, porque había demasiado trabajo para ella sola. La cocinera era gorda y brillante. En la cocina olía a una bien condimentada salsa. Se secó las manos en el delantal y le tendió una a la chica. Le preguntó de qué pueblo era. La otra se lo dijo, y la cocinera respondió que, en efecto, lo sabía ya por Juan, pero que se le había olvidado. Luego preguntó si aquel pueblo era de la provincia de Badajoz. La muchacha negó. La cocinera dijo que ella era de un pueblo de Badajoz, y empezó a enumerar además todas las paisesanas que formaban parte de la servidumbre de la vecindad.

La habitación que tendría que compartir con las otras criadas seguía estando por debajo del nivel de la calle. Había tres camas de hierro, pintadas de azul. Había un armario y una cómoda muy alta, con frascos de brillantina y cajas de polvos. La habitación olía a un perfume entre dulzón y agrio. El ama de llaves le había dado los uniformes de su antecesora, pero le estaban muy grandes. Tenía aún la maleta de madera sin abrir encima de la cama, y se estaba probando una de aquellas batas de rayas grises, cuando llegó su hermano. Se abrazaron y a continuación se sentaron en la cama con las manos juntas. Juan había perdido un poco de pelo bajo la gorra de plato. Permanecían en silencio y la muchacha tenía los ojos húmedos a pesar de que respondió afirmativamente con la cabeza cuando él le preguntó si estaba contenta de haber venido a la ciudad a servir a una casa como aquella. Luego vio la maleta y dio una palmada sobre la tapa.

—¿Aún la conservas?

—Fue madre quien me dijo: «Llévate la maleta que Juan llevó al servicio. Así no te quitarán nada.» Como si tuviera algo que me pudieran quitar!

—Ya tendrás ocasión de comprarte muchas cosas. Y una maleta mejor. Y ella, ¿cómo está?

—¿Madre? Está bien. Tiene muchas ganas de verte. Se ha puesto muy triste cuando yo me he venido, aunque no me ha dicho nada. Se queda muy sola.

—Pero ella se desenvolverá muy bien sola.

—¡Oh, sí! Se desenvolverá bien.

Cuando la muchacha se puso de pie, su hermano vio el uniforme e hizo un gesto de desagrado.

—¿Quién te dio esa ropa?

—Esa señora..., el ama de llaves.

—Te sienta muy mal. Debes pedir un uniforme nuevo, hecho a tu medida.

—¿Tú crees?

—Naturalmente.

—¿Al ama de llaves?

—No... No le hagas mucho caso a esa mujer. Se toma atribuciones que no le corresponden. Debes pedirselo a la señora. Si necesitas algo, debes hablar con la señora directamente... o con el señor.

—¿Con el señor? Pero si no conozco todavía a ninguno de los dos.

—Ya los conocerás. Son buena gente. Sobre todo el señor. Cuando necesites algo, no te importe pedirselo a él. Es muy generoso. Lo podrás encontrar siempre en su cuarto. Nunca sale de allí.

Ella había abierto por fin la maleta y comenzado a sacar sus cosas.

—¿Nunca?

—Bueno, casi nunca. Tuvo un accidente, antes de entrar yo aquí como chófer. Le han hecho varias operaciones. Algunas veces lo bajamos hasta el coche y le doy una vuelta por la ciudad. Pero casi siempre está en su cuarto. Allí recibe a sus amigos, juega con ellos a las cartas, organiza sus pequeñas fiestas. Le gusta divertirse. No creas que el accidente le ha amargado... Si alguna vez lo necesitas, no dudes en subir...

—Pero yo no necesitaré nunca nada.

—No importa. Además, tiene mucho interés en verte. Gracias a él has entrado en la casa. Lo sabes, ¿verdad? El ama de llaves decía que no se te necesitaba.

—Ella no me quiere aquí...

—No te preocupes. El lo ordenó. Yo le hablaba de las ganas que tenías de venir a la ciudad y de lo bonita que eres.

Se había sentado de nuevo junto a su hermano. El le acarició la cara y repitió la pregunta:

—¿Estás contenta?

Y ella volvió a afirmar con la cabeza.

La señora entró en la cocina y lanzó una mirada temerosa a su alrededor. La cocinera le hizo una pregunta con relación al almuerzo, pero ella se desembarazó con un gesto y respondió que consultara al ama de llaves. Luego pasó a la chica nueva. Su gesto de temor aumentó. Era una mujer menuda, vestida de oscuro y con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Le dirigió un tenue saludo. Añadió:

—La semana próxima vendrá la costurera y se le harán los uniformes.

El ama de llaves insinuó que no





era necesario el gasto de unos nuevos uniformes. Aquellos mismos podían servir, simplemente con que la costurera los achicara lo bastante. Cuando se marcharon, la cocinera dijo:

—¿Te has fijado? Te quedarás con esos uniformes hasta que se te caigan a pedazos. Aquí se hace lo que el ama de llaves dice.

—¿De quién fueron estos uniformes?

—De Felisa. Estuvo aquí muy poco tiempo. Era demasiado fresca y muy guapa. Sobre todo muy guapa. Aquí no paran más que esperpentos como Lucía.

—¿La señora no quiere?

—A ella le da igual. Es el ama de llaves. Tú también eres muy guapa. Veremos cuánto duras.

La comida fue tan abundante, que la muchacha no pudo comer todo lo que le pusieron. Cuando acabaron de comer, quitó todos los platos de la mesa y los llevó a la piletta. La cocinera se le acercó y le dijo en voz baja que no volviera a hacerlo.

—Que cada uno quite su plato. Tú has venido para servir a los señores, pero no a los criados.

Tras una pausa le espetó:

—¿Sabes de cuentas?

Se había puesto a su lado y comenzó a hacer el ojo para lavar la vajilla.

—No, no muy bien.

—¿Qué lástima! Yo tampoco. Me cuesta mucho trabajo apañar la cuenta que le presento al ama de llaves cuando voy a la plaza. Algunos tenderos son tan simpáticos, que me ayudan, pero, claro, no me atrevo a pedirselo a todos. Si tú supieras, podríamos ir a medias.

Mientras secaba los cubiertos, la chica nueva preguntó:

—¿Cómo es el señor?

—Ya sabrás que está inválido. En sus buenos tiempos ha sido un calavera. Aún hoy, si la señora..., bueno, la otra, no anduviera con cien ojos... ¿Tú tienes novio?

—No. ¿Por qué?

—Por nada... Curiosidad.

—¿Y es muy viejo?

—¿Quién? ¿El señorito? Psch..., regular... Como la señora, más o menos.

Después de la cena Juan y su hermana se quedaron charlando en la cocina, mientras las otras dos criadas se iban a la cama.

—¿Qué tal ha sido tu primer día?

—Estoy muy cansada, pero contenta.

—¿Has visto ya al señor?

—No...

—¿No has subido?

—No.

—Pero ¿por qué?

—No sabía...

—Te dije que quiere conocerte.

—Esperaba que me llamara.

—No tienes que esperar nada. Ya me ordenó que te lo dijera. Mañana lo harás.

Juan se fue a su dormitorio, un cuarto pequeño sobre el garaje. La muchacha quedó sola por unos segundos en la cocina. Las cacerolas brillaban en orden. Del otro extremo de la casa llegaba la voz hueca del locutor de la televisión.

La cocinera ocupaba la cama de un extremo. Miraba a la pared y les daba la espalda. Lucía recorría a grandes zancadas la habitación. Estaba en combinación. Tenía grandes hoyos sobre las clavículas.

La muchacha comenzó a desvestirse. Lucía seguía recorriendo la habitación y abriendo el armario y los cajones de la cómoda. Una de las veces en que se acercó a ella la chica le preguntó:

—Lucía, ¿tú crees que debo subir a que me vea el señor?

La otra se detuvo. Se oyó a la cocinera moverse en la cama.

Lucía preguntó:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi hermano.

Lucía no contestó. Sacó del arma-

rio una percha ocupada con un vestido de la muchacha y protestó:

—¿Quién te dio permiso?

—La cocinera dijo sin volverse:

—Fui yo.

—Otra vez regala lo que sea tuyo.

La chica nueva ofreció quitar su traje de la percha, pero la otra contestó que era igual. Acabó por meterse en la cama. En seguida se oyó roncarse a la cocinera. La chica nueva tardó mucho tiempo en quedarse dormida.

Limpiando el vestíbulo oyó por primera vez su voz. Parecía irritado; increpaba a un oyente silencioso. La escalera permanecía solitaria. Arriba, en la galería, algunas puertas estaban entreabiertas. De una de esas puertas provenía aquella voz. La muchacha frotó con energía la luna de los espejos. Se contempló a sí misma con los ojos muy abiertos. Pasó suavemente el plumero por las figuras de bronce; limpió con cuidado los bibelots. Sus manos temblaban.

La voz se apagó. Le respondió otra voz masculina. Después, una de las puertas se abrió del todo y el chófer salió a la galería. Vio a su hermana abajo y descendió.

—Sube ahora. Está solo.

—¿Tú crees?

Soltó el plumero y el paño sobre una silla. Se alisó el cabello. Sus manos temblaban ahora más que antes.

—Sí, sí, ésta es la mejor ocasión. Te está esperando. Ya sabes: la tercera puerta. La primera es la del dormitorio de la señora, la segunda la del cuarto de baño; la tercera. No te confundas.

—Pero no sé si debo. El ama de llaves me ha dicho muchas veces que yo sólo debo limpiar la planta baja. Si me viera arriba...

—No seas idiota.

La dejó en el arranque de la escalera. Comenzó a subir muy despacio. La alfombra amortiguaba el sonido de los pasos. A cada instante se volvía a mirar hacia atrás. Abajo, el vestíbulo se empujaba, las figuras

de bronce, las consolas y los espejos, brillando bajo la luz que irrumpía por el mirador. En el momento de llegar al primer rellano el ama de llaves surgió ante ella en la galería. Preguntó:

—¿Adónde vas?

—Yo..., yo... iba... Pensaba seguir limpiando arriba.

—Déjalo. Ya lo hará Lucía.

Juan entró en el cuarto de las criadas cuando la muchacha estaba cambiándose de uniforme y la sorprendió en combinación. Se cubrió instintivamente con la bata. El estaba malhumorado y comenzó a hacerle reproches por no haber subido al cuarto del señor cuando se lo dijo.

—Iba a hacerlo, pero me vio el ama de llaves.

—La próxima vez, si te sorprende, te dices que el señor te ha mandado llamar.

—¿Y si me pregunta que para qué?

—Le dices que te ha llamado para... que le hagas la cama, que está mal hecha.

—¿Y si dice que la haga la otra muchacha?

—¡Oh...! Tú le respondes que el señor quiere que seas tú la que se la hagas. Que no le gusta la forma como la otra le hace la cama.

Había estado dando vueltas por la habitación. Después se sentó en una cama frente a su hermana. La chica permanecía sin vestirse, la bata sobre las rodillas; tenía la cabeza baja mirándose las puntas de los pies. El dijo de pronto:

—¿No tienes mejor ropa que ésa?

Ella levantó la cabeza. Miró luego la combinación que llevaba puesta, como si fuera la primera vez que la vela. Estaba vieja y descolorida.

—No.

—Está muy estropeada. Verás; te voy a comprar ropa mejor. Una bonita combinación de nylon. ¿Qué te parece? **SIGUE**

LA ESCALERA

El rostro de la muchacha se animó levemente.

—Nunca he gastado ropa interior de nylon.

—Pues la gastarás en adelante. Bueno, procura no enseñarla a las compañeras. Ya te irás dando cuenta de lo envidiosas que son.

—Me la pondré sólo los domingos.

—No, tampoco...

—Pero la verán. Y, después de todo, si no son ellas, ¿quién me la va a ver?

Su hermano se levantó de nuevo bruscamente. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y volvió a pasear. Otra vez se mostraba malhumorado.

—Pareces tonta, Me estoy dando cuenta de que eres tonta.

Pero al ver el rostro sorprendido y compungido de ella, corrió a sentarse a su lado. La rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

—No te enfades. ¡Qué hermana tan buena tengo! ¡Y tan guapa! ¡No te mereces tú lo mejor? Fíjate; eso no es nada. Infinidad de cosas. Ropas, vestidos. Tendrás todo lo que quieras. Y no seré yo quien te lo compre. Ya te lo he dicho: él es muy generoso. Y se aburre. Está siempre amarrado a la cama, rodeado de viejas. Desde que supo que ibas a venir, todos los días me preguntaba: «Juan, ¿cuándo llega tu hermana?». Porque sabía que eres joven y bonita... Yo se lo había dicho... Sólo con que seas un poco amable con él... Conseguirás lo que quieras. Y discreta, claro...

Volvió a encontrarse en la escalera. El vestíbulo y la misma escalera estaban a oscuras. Abajo distinguía confusamente los objetos y sólo algún lejano destello en un espejo. En la galería había una puerta entreabierta. El sonido de la televisión salía de allí, y un reflejo azulado y móvil se proyectaba sobre el pasillo.

La alfombra volvía a silenciar sus pasos, ya de por sí sigilosos. Sus piernas temblaban. Se detenían y sus manos sudaban aferradas a la barandilla. Esperaba y todo permanecía inalterable, las sombras y las luces. Ascendía otro escalón. Al llegar al rellano contuvo un sollozo. Ninguna voz, ni una pisada. El camino estaba libre.

Al iniciar el segundo tramo, las lágrimas escocían sus ojos. El reflejo de la televisión surgiendo por la rendija tembló y se nubló tras las lágrimas. Nunca había estado tan cerca de aquella puerta.

Bruscamente cesó de llorar. Se había detenido una vez más. Se secó las mejillas con el dorso de la mano, dio media vuelta y retrocedió, bajando precipitadamente la escalera.

Juan entró en la cocina y ella bajó la vista hacia la camisa que estaba planchando. Pertenecía al señor; era de tejido fino y muy amplia. Notó que su hermano se aproximaba a ella. La tomó por el brazo, pero no con delicadeza, como otras veces.

—¿Lo hiciste?

—No pude...

—¿Por qué?

Apretaba hasta hacerle daño. Tuvo que levantar la mirada.

—Esa mujer otra vez... Dijo que estaba hablando con el secretario.

—No es cierto. El secretario no ha venido hoy.

Ella se encogió de hombros y dedi-

có nuevamente toda su atención a la camisa.

—Está bien.

Le soltó el brazo y abandonó la cocina. Lucía, en un rincón, despaibilándose las cejas, provista de un espejito y unas pinzas, los había estado observando.

Aquella noche no hubo sobremesa. La chica marchó la primera a la habitación a acostarse. Llevaba un buen rato en la cama, pero no podía dormir. Lucía la había seguido al poco tiempo. Y por último entró la cocinera. La muchacha no la había sentido. La zarandearon suavemente. Al volverse vio a la cocinera inclinada sobre ella. Le dijo en un susurro:

—Levántate y ven a la cocina.

Obedeció. En la cocina estaban Juan, en mangas de camisa, y con las manos en los bolsillos, y la propia cocinera separando un cacharro humeante del fuego. Se limitaron a mirarla en silencio, sin contestar a su expresión interrogante. Encima de la mesa, en una bandeja, había un servicio de té con una taza. La cocinera vertió el agua caliente en la tetera.

Juan interrumpió el silencio dirigiéndose a su hermana:

—Es para el señor. Suele tomar mucho té. Para el estómago. Se lo vas a llevar tú. Ahora está el camino libre.

La chica miró a la cocinera, que le tendía la bandeja en silencio. Juan prosiguió:

—En adelante, puedes fiarte de María.

María asintió ligeramente con la cabeza. Pero la chica no había descubierto antes en ella aquellos ojos fríos y brillantes y los labios tan delgados y herméticos. Tomó en sus manos la bandeja y los frágiles cacharros de loza se estremecieron. Volvió a depositarla en la mesa. Se alisó el cabello, se cruzó la bata que se había puesto al saltar de la cama. Los otros dos permanecían callados aguardando. Tomó la bandeja otra vez y se encaminó al vestíbulo. Juan se le adelantó en el corredor, guiándola en la oscuridad. En el vestíbulo encendió una luz que iluminaba tenuemente la escalera.

—Procura no hacer demasiado ruido. No llames a la puerta. Está entreabierta. Empuja suavemente y entra.

Nunca había aparecido la escalera tan gigantesca, silenciosa y llena de misterio ante ella. Como un animal vivo e inmóvil. En la galería había una puerta entornada. Un ángulo de luz.

La condujo hasta los primeros peldaños. La impulsó levemente. Tintineaba el servicio de té porque la muchacha se agitaba.

Comenzó a subir...

Los cuadros con recargados marcos que nunca había podido pararse a contemplar desfilaron a su lado. Allí arriba el ángulo de luz fosforescía en las tinieblas. Llevaba los ojos muy abiertos y todavía secos.

En mitad del primer tramo se detuvo y volvió el rostro. Abajo, su hermano la miraba fijamente.

—¿Qué ocurre? ¡Vamos!

Y la muchacha aferró la bandeja, agrietó el borde contra el pecho, y sin parpadear, para que las lágrimas que ya empezaban a brotar no se derramaran, continuó subiendo...

(Ilustraciones de UBIETA.)

